

# Las Provincias de Levante



Teléfono núm. 8.

DIARIO DE LA NOCHE

Teléfono núm. 8.

AÑO VI. || SUSCRICION.—En la capital UNA peseta al mes. || MURCIA 27 DE JULIO DE 1891 || DOMICILIO.—Redaccion y Administracion, Plaza de los Apóstoles, núm. 20 || N.º 1450

## ECOS

El día de ayer, fué de alguna más animación que el anterior; y la temperatura que durante él se dejó sentir, tampoco fué lo calurosa y asfixiante que en días pasados.

Como en la tarde de anteayer, numerosos carruages salieron con dirección al Valle y al Verdolay, conduciendo á tan poéticos lugares de recreo gran número de familias de esta capital; las tardes de los días festivos, se pasan en verdad de un modo agradableísimo en aquellos risueños parajes.

Tanto en uno como en otro de los mencionados lugares, han lucido en esas dos tardes su hermosura y prestado sus encantos á la fiesta, un buen número de nuestras preciosas paisanas.

La notable compañía de Mauricio Pardos, ha celebrado, con no muy numerosa concurrencia, dos nuevas funciones en nuestro circo taurino.

El público ha aplaudido estrepitosamente casi todos los ejercicios de la referida compañía, especialmente los originales ejercicios en bicicletas y los números de los hermanos musicales.

El paseo de la Glorieta ha estado muy desanimado en estas dos noches, especialmente en la de anteayer.

La banda del Sr. Mirete se vió obligada en dicha noche á tocar en el piso del mencionado paseo, á causa de haberse robado del tablado correspondiente los plomos de la cañería del gas.

Hemos recibido los excelentes programas, impresos con delicado gusto, que anuncian las corridas de toros que se celebrarán en la ciudad de Cartagena durante la feria.

Las corridas tendrán lugar en los días 8 y 9 del próximo Agosto, con reses de la viuda de Saltillo y de Torres Diez de la Cortina.

Lidiarán las cuadrillas del Esparteo y Guerrita.

Se concede la rebaja de trenes de costumbre.

Creemos que nuestros lectores saborearán con mucho gusto, el precioso artículo literario que en otro lugar de este número publicamos, debido á la acreditada pluma del P. Luis Coloma, celebrado autor del libro «Pequeñeces».

En este primoroso artículo, el P. Coloma hace alarde de las extraordinarias dotes de escritor que aún la crítica más exigente y severa le ha reconocido recientemente, con motivo de la publicación de su mencionada obra.

## Carta de Aguilas

Sr. Director de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE.

Murcia.

Muy Sr. mio: Ayer tarde en el tren correo llegó á esta villa el gobernador civil de la provincia. Lo recibieron en la estación D. Pascual Acuña, alcalde de este ayuntamiento, acompañado de varios concejales y de todo el elemento

civil de la población. Se hospeda en casa del citado Sr. Acuña. Ha visitado lo más importante de la población y ha hecho grandes elogios del establecimiento de baños «El Niágara», encantado del buen gusto, solidez y comodidad del mismo, animando á su propietario, con quien ha conversado largo rato, para que lo amplíe algo más, persuadido como está de que este balneario llenará seguramente todas las necesidades del creciente número de bañistas que cada año mas han de concurrir en busca de nuestras deliciosas playas, las mejores indudablemente de la provincia. Esta noche ha asistido al Teatro Circo y mañana saldrá para Lorca y Murcia en el tren de las 9 y 40.

Siguen llegando familias y hoy he visto aquí á D. Juan de la Cierva Peñafiel.

Por alguien se ha dicho que aquí ya no se encuentran casas para las familias que vienen á veranear y como esto no es cierto y tal vez esta creencia dé lugar á que algunas familias que tenían pensamiento de pasar aquí el verano desistan de su propósito por esta falsa noticia, me apresuro á rectificarla asegurándole á V. que si bien es verdad que son muchas las alquiladas, es también cierto que quedan todavía algunas sin compromisos adquiridos. Además, la inmensa mayoría de las alquiladas lo están hasta el 25 de Agosto, quedando por consiguiente libres desde esa fecha en adelante. Por otra parte, los propietarios, teniendo en cuenta lo largo de la temporada, limitan ahora los alquileres á una prudente remuneración.

Cada día gusta mas la compañía lírica que actúa en este Teatro Circo y le auguro buena cosecha de aplausos para los artistas y beneficio positivo para la empresa.

Esta tarde ha llegado la notable banda de música de los niños hospiciarios de esa capital. Un gentío inmenso les esperaba en la estación, ansioso de conocer á los pequeños músicos que gozan de tan justa fama. Han recorrido la población tocando un bonito pasodoble. El dueño del balneario ha ofrecido graciosamente un espacioso local, donde se bañaran con toda comodidad é independencia. Los baños son para estos niños de suma necesidad. El pueblo lo ha acogido con mucho entusiasmo y ellos pagaran con lo único que pueden hacerlo; con regalarnos los oídos tocando deliciosos números de su variado repertorio.

Sin otra cosa por hoy, se reitera de V. su amigo y s. s. q. b. s. m.,

El corresponsal.

## Mal alma

Digitus Dei est hic.  
Dedo de Dios es este.  
(Éxodo, cap. VIII, v. 19.)

I

Reinaba en el pueblecillo cierta zozobra angustiosa: los hombres volvían apresurados del trabajo antes de tiempo; dejaban las herramientas en sus casas, y acudían en tropel á la taberna del tío Mal alma. Las mujeres salían también azoradas, reuniéndose en corrillos, tornaban á separarse, y con las cabezas en alto, como perro que rastrea, iban y venían en busca de noticias, de la puerta de la taberna, á la del desmantelado caserón de D. Juan Sin cara. Hallábase atado á una argolla de hierro

hija en la pared de éste, un magnífico potro cerrero, negro, con bocado y serreta en las dobles bridas, silla vaquera, alforjas de camino detrás, pistolas en el arzón delantero, y escopeta de dos cañones al costado derecho. Un grupo de chiquillos rodeaba el hermoso animal, que sacudía briosamente las crines, y pafaba impaciente, como protestando de aquella violencia que le arrebatava su libertad. A su lado otro caballo fuerte, aunque poco airoso, huesoso, de esos que en Andalucía suelen usar los vaqueros y aperadores de cortijo, llevaba con paciencia aquellos mismos arreos, mitad rústicos, mitad guerreros, y daba con su inmovilidad lecciones de sumisión á su indómito vecino.

Preguntas ansiosas, respuestas entrecortadas, y exclamaciones de sorpresa, de temor, de odio y de esperanza, circulaban por todas las bocas, unidas siempre á un nombre extraño: al nombre de Lopijillo.

—¡Lopijillo ha venido!—decían los hombres, con cierta mezcla de misterio, de temor y de esperanza.

Y al repetir este nombre las mujeres, llenas de miedo, añadían con rabiosa saña:

—¡El demonio se lo lleve!... ¡Maldito sea!

¿Y no habrá un rayo que lo parta?...

En la última casa del pueblo, separada de las restantes por un cohombro de melones, un hombre rechoncho y carilleno apoya la robusta espalda en una añosa higuera plantada á la puerta, por cuyo tronco subía y se enredaba una verde parra, con aquella juguetona confianza con que rodea un niño los brazos al cuello del abuelo. Golpeábase maquinalmente con una varilla sus zahones de paño burdo, como sacudiéndoles el polvo, pero disimulando en realidad el mal humor que se retrataba en su fisonomía bondadosa y hasta simple. De pie en el dintel de la puerta se hallaba una mujer de rostro enjuto y ojos vivisimos; tenía debajo del brazo un sombrero de hombre, y hacia calcaeta con cierta actividad febril, que revelaba bien á las claras la irritación de su ánimo.

—¡Te digo que no irás, Juan Antonio!—decía con voz alterada.—Ese D. Juan, que así le pega el don como á ti una mitra, y tu compadre Mal alma, te van á perder... ¿Qué te va á ti ni te viene con que mande Rey ó mande Roque?... ¡Pues alma de Dios, lo que no has de comer, déjalo cocer!

—¿Que no me va ni me viene?—replicó Juan Antonio.—Pos mira, que cuando vengan los míos, ya te regodearas entonces... Como que me ha prometido don Juan too el cortijo que linda con mi pejugar... ¡Y qué hermosos que están los trigos!... ¡Cada espiga parece un roble, y cada grano como mi puño!... Verás como salimos de apuros y de éste lo como por lo trabajao, que nos tiene siempre con el agua al cuello.

—¡Nuestro Padre Jesús me valga!—exclamó la mujer.—Pues si ese D. Juan ó D. Mengue te lo ha prometido, anda y haz una raya en el agua del pozo, pa que te acuerdes de recogerle la palabra... Lo que él hará en cuanto se encarama al árbol, será darle un puntapié á la escalera... y cuidado no te saque del cuero las correas con que te azote... ¡Si irás tu á dejar por embustero á su Divina Magestad, que nos condenó á ganar el pan de cada día con el sudor de la frente!... ¡Vaya un sinfundio!

—¡Pues y tanto rico que, como dice D. Juan, les luce el pelo, sin hacer en too el santo día más que su real gana?

—Anda, Juan, que si los pobres sudamos pa fuera, los ricos sudan pa dentro... ¿Pues no ves como á los más les sabe la miel á rejalgar, y andan siempre la barba sobre el hombro, temiendo por sus dineros?... ¡Y pa qué hay pobres y ricos sino pa que se ayuden á entrar en el Cielo? Los ricos pagan la entrada con la limosna que dan, y los pobres con la paciencia que tienen; y si algun señorón tiene entradas de piedra, su alma su palma; que Dios hay, y muerte, juicio, infierno y Gloria... Con que Juan, por los clavos de Cristo, que te dejes de ir á casa de ese D. Juan de mis pecados, donde te llenan la cabeza de muñecos y el corazón de hiel... ¡Tú, que eras una paloma, cuando no oías más sermones que los del señor Cura!...

—Ya te dije que he prometido ir, Catalina, y al buey por el asta, y al hombre por la palabra.

—¡Pero si esa palabra es para que tú mismo te pongas la soga al cuello!... Si esa palabra!...

La suya se heló en los labios de Catalina al ver aparecer por la esquina de la casa, un rostro ancho y aplanado como el de un perro de presa, sombreado por mechones de pelo entrecano que cubrían su estrecha frente. Fijó el recién venido sus ojos bizcos en el grupo que marido y mujer formaban, y dijo con voz chillona y cascada, como la trompetería de un órgano destemplado:

—Compadre... Andandito, que yañes la hora...

Catalina se plantó de un salto delante de su marido, y dijo resueltamente:

—Este no sale hoy, tío Mal alma; con que ya se puede usted volver por donde ha venido.

Mal alma dió dos pasos adelante, se cruzó las manos á la espalda, y dijo con mucha paz:

—¡Caramba, y qué súpita es u tod, madre! Y acercándose á Juan Antonio, que daba vueltas irresoluto á la vara que tenía en la mano, añadió con la seguridad del que sabe la cuerda que pulsa:

—¿Se vá usted á dejar tomar el pelo por una hembra, compadre?... ¡Vaya, que es usted blando de bocal!

¿Yo?—exclamó fieramente Juan Antonio, que como todos los caracteres débiles no podía sufrir que se trasluciese su debilidad, y arrancando de manos de Catalina su sombrero calañés, que en vano procuraba retener ésta, se dirigió hacia el pueblo sin añadir palabra.

El astuto Mal alma le siguió de cerca, diciéndole con sorna á la buena mujer:

—Si teme usted que se pierda su hombre, le daré recibo, compadre...

—¡Lo que yo quiero es que no asome usted más por aquí esa cara de judío de Viernes Santo, so desvergonzado!—contestó Catalina furiosa.

Mal alma sonrió socarronamente, y se alejó canturreando:

Cuatrocientas mujeres,  
seiscientos loros,  
arman una algazara  
de mil demonios.

La relación de la suma total con los sumandos de la seguidilla acabó de exasperar á Catalina, y se metió para dentro dando tan tremendo portazo, que asustado el gato se encaramó en el tejado, las gallinas prorrumpieron en enérgicas interjecciones, el gallo las arengó en latín con un prolongado *¡propterea quooood!*, y dando dos pasos al frente se detuvo con una pata en alto, el pescuezo estirado, torcida la cabeza, brillante la mirada...

—¡Caveant Consules! dijo.

II.

Llegó la noche y una porción de sombras fantásticas comenzaron á cruzarse por el pacífico pueblo; uno á uno salían de la taberna del tío Mal alma sus parroquianos, como los murciélagos de su asqueroso nido, y después de varias curvas estudiadas, desaparecían rápidamente, como si temiesen algun espionaje, por el negro boquerón de la casa de D. Juan sin cara. Hasta unos cincuenta hombres fuéronse reuniendo en un estrecho aposento bajo, que hacía más capaz un tabique derribado que lo separaba antes de la cuadra, y allí, entre las pestes que consigo traían, y las pestes que allí encontraban de reserva, entre los vahos vinosos de alientos y chicotes, y los mefíticos del estiércol corrompido que aun quedaba por los rincones, entre los temores de grandes peligros y las esperanzas de grandes venturas, se aprestaron á recibir á Lopijillo, el ilustre demagogo de la ciudad, que iba á presentarles D. Juan sin cara, el demagogo sucursal de la aldea.

Susurrábase grandes noticias: decíase que había llegado la hora de dar el golpe definitivo, que Lopijillo traía en las alforjas la orden de liquidación social, y que aquella noche sería la última en que los ricos durmieran tranquilos en sus palacios. El tío Mal alma, Ganimedes de aquellos padres conscriptos, hacía circular mientras tanto un jarro de vino, que mantenía el entusiasmo, alejaba los temores, fortalecía la esperanza y despertaba la elocuencia.

¿Fecundí calices quem nom fecere disertum?

Entró al fin por el hueco de un pesebre que con la casa comunicaba, un hombre que no parecía hombre. Un sombrero hongo de anchísimas alas, caído hasta las cejas, le ocultaba la frente; seguían debajo unas enormes gafas de cristales verdes, y arrancaba de éstas una barba negra y espesísima, bardal inculco en cuyo centro se levantaba una nariz roma, diciendo á modo de epíteto: «¡Aquí yace una cara.» Aquél era el famoso demagogo conocido en la ciudad con el apodo de *El hombre ignoto*, y más á la pata la llana, en la aldea, con el de *don Juan Sin cara*, por no tener ninguna á la vista. Vestía siempre, y en todo tiempo, un cumplido gabán en cuyos profundos bolsillos sepultaba maquinalmente las manos, cuando en el calor de la improvisación le faltaba la frase, como si tuviese allí el depósito de sus conceptos; solíalas entonces sacar y meter con actividad febril, sin encontrar la fugitiva idea, hasta que topándose en cambio con algún asqueroso terno lo soltaba mondo y lirondo para redondear el

